

bajo reserva de que Don Antón firmase con él.

“Sólo hay dos eminencias médicas en la gran Tenoxtitlán: Hermundio y Penequez... Ya tengo una!”

Así habló Carriles.



XVI

EL EMINENTE DON ANTÓN PENEQUEZ.

Más de dos horas, llevaba el coche “calandria” de correr y parar por cuenta del Tesoro Público. Carriles se llevó la mano al chaleco para palpar los pesos, suputando mentalmente los que le quedarían “si acababa pronto con la hembra.” Y sí que acabaría, gracias a una rúbrica de Don Antón, eminencia de veras!

En el fondo de su alma, Carriles no estaba convencido de los méritos profesionales de Don Antón Penequez. Nunca le había sorprendido alguna prueba clínica importante, ni había leído de él el menor trabajo; sólo le oyera chismes de práctica casera, con elogios modestos de sí mismo y vituperios de colegas, cuyos nombres callaba, designándolos sin embargo, con afectada

COPIA AL FONDO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. I.

discreción. . . . Que había instituido el salvador sené cierta vez en que tal pobre galeno estaba administrando a tontas el ruibarbo; que si no hubiera llegado a tiempo para impedir cierta intervención, el paciente H. que hoy se pasea muy horondo, hubiera ayer sucumbido á manos de. . . . Que si el ministro R. había bajado a la fosa, fué que descarriló el tren en que él, Don Antón, volaba desde San Angel para oponerse a la operación quirúrgica (un asesinato en bruto) de que fué víctima.

El utilitario Carriles cerraba los ojos sobre esas flaquezas. Por el momento no quería ver en Don Antón la personalidad hueca, incapaz de resistir a un golpe de escabelo sin desinflarse. Sintióse próximo a comparecer ante una reputación de vulgo necio, tropel pasivo de donde surgen las camadas; por lo cuál, él, Carriles, se hacía voluntariamente partícula de recua y germen de camada; se mezclaba al tropel en un grupo de viejas y muchachas instaladas en la antesala de Don Antón.

—“Nadie como Don Antón,” exclamaba una cincuentona, cuya ronca voz, saltados ojos atónitos y cabeza pelada al rape, le hacían parecer la personificación viva del tifo que acababa de postrarla. . . . “Si no hubiera sido por él, ya es-

taría yo en el hoyo. Me estaba matando Godinez!”

Y contaba sus pasos de tifosa, con Godinez a la *cabecera*. Agravación, llamamiento de Penequez a junta. El bueno de Don Antón se puso modestamente a *los pies*; de allí vió que *el de cabecera* “no atajaba la fiebre.” Poco a poco fué trasteando al colega. . . . Trueque de cucharadas malas por píldoras buenas. . . . Al período final del tifo, cuando la fiebre caía por su propio ciclo, Don Antón avanzando tomó la *cabecera*.— ¿Y Godinez en los *pies*?—“¡Qué pies! En la puerta, en los apretados infiernos. . . Ya me mataba con sus cucharadas!”

Mañas de Don Antón, ignoradas por la tifosa. Ofuscarse ante el colega, cederle la primacía y aun simular alejarse en su honor; no hacer y dejarle hacer; dejar que la enfermedad evolucione bajo el otro, hasta el vértice fatal; entonces hacerse llamar, presentarse, obrar. Obrar en pequeño, casi nada en sustancia, mucho en la forma, una inyeccioncita anodina, cualquier brevaje tan inactivo como misterioso; y ante todo, suprimir las medicinas del otro, ver sus recetas y dibujar un gesto de reprobación comprimida. . . . lo bastante para hundirlo. Franqueado el vértice, el descenso morbosó se

CAPITULO ALGUNO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U. I.

produce naturalmente, quizá preparado por los cuidados del colega. Penequez se atribuye la feliz terminación ¡y con qué modestia!

—“Yo también se la debo a Don Antón, mi vida, la vidita de mi Joaquín. . . . A ver, Joaquinito, ven por aquí; saluda, y les vas a decir a estas señoras cómo Don Antón Penequez te salvó de la muerte.”

Es lo que expresó otra cliente que en la antesala formaba grupo con la ex-tifosa y varias.

Joaquinito habló como si recitase una lección de cartilla.

—“Pues me dió el empacho; y que llamaron a dos doctores en la noche: Perales y Don Antón ¡bueno! y que al tiempo de recetar le dejó Don Antón la pluma a Perales ¡bueno! y que Perales recetó gotas; y que ya me las empezaban a dar cuando llegó Don Antón a las altas horas. . . . Tan! tan! tan! . . . ¡bueno! y que le abren y que sube. . . . y que también me había subido la calentura, dijo él. . . . ¡bueno! . . . y que sacó aparte a papá para decirle: “suspendan esas gotas que no son mías; son venenos de Perales. . . . Con ellas su pobre hijo, amenazado ya de meningitis, moriría esta noche”. . . . ¡bueno! . . . y que las cambió por ¡papelitos y unos fomentos,

y que a los dos días ya estaba yo curado y salvado de la muerte.”

—Oh! oh! oh! qué bien y qué chulo! exclamó una entusiasta; otras sellaron con ósculos el recitado infantil, en tanto que la puerta del consultorio se abrió.

Salió un grupito de clientes. Tras de ellos apareció Don Antón muy ajustado en su levita cruzada. Saludó. . . . Quien hubiera dirigido una cámara fotográfica sobre su saludo circular, su manera de sonreír, de arrugar la frente y entornar los ojos con una expresión en que se combinaban la dulzura, la severidad y el misterio, habría obtenido el eterno cliché del misticador oficiante. Una viejecita se levantó para entrar; pero Don Antón la detuvo, forzó el turno con un signo de llamada a Carriles y su compañera anunciadas telefónicamente por Hermundio.

¿Cómo no recibir de preferencia a la interesante histérica?—El, Penequez, simpatizaba secretamente con Velázquez, y la simpatía que la recomendada Elvira le inspiró desde luego, salía de su más íntima compleción. Desde mocito había sido un mujeriego reprimido por la fuerza de hipocresías nativas. Cuando comenzó a ejercer la Medicina, experimentó la necesidad de apoyarse en el otro sexo. No que aspirase a

CRISTINA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U.

ginecólogo activo, pues rehacio al bisturí, sentía por la acción quirúrgica sobre el útero un horror intenso. Sino que palpaba la importancia de la mujer, en su concepción comadrera de la práctica médica. Luego su serie de privaciones, sus privaciones de célibe hipócrita y de casado por negocio, le llevaban a revanchas eróticas más o menos aparentes. Una hubo, circundada de escándalo, a costa de una cliente casada, cuyo marido hizo irrupción en momentos comprometedores. En una mesá, cerca de la *chaise longue*, transformada en impuro tálamo, relucían varios útiles metálicos. De uno de ellos, al azar, como arma provisional, se apoderó el Oteló vengador. . . Don Antón, dotado por la naturaleza de un valor leporino, juzgándose amenazado con revólver, se escabulló mal, dejando prendas íntimas junto a la falda replegada de la frágil Desdémona. El arma imaginaria persiguió a Don Antón; y como éste se atrincherara bravamente, agazapado bajo la mesa, detúvose el esposo, desarmado. de lástima.

El episodio salió de lo privado a la prensa novelera, adornado con detalles dramáticos por algunos gacetilleros. Inocentes! Ignoraban que el revólver del marido piadoso no fué en realidad más que una jeringa!

Desde tal escándalo, Don Antón se recogió en un sexualismo vergonzante, roces epidérmicos, castos embelesamientos. Tomó ante ellas el aire compungido de un eunuco moral. Su sensualidad reprimida de Abelardo incruento declinó en suspiros, manías, intoxicaciones lentas. Se dió alternativamente a la morfina, al éter, al alcohol. . . . "Es un raro; pero ¡qué buen médico!" murmuraba la recua de consultorio, siempre dispuesta a tragar en crudo la ecuación genio y locura.

El contagio admirativo iba del sexo débil al fuerte. La mujer que acude a un médico con la misma fe que dedicaría al horóscopo cartomanciano de una gitana célebre, acaba por remolcar al varón, siquiera sea éste diputado ó ministro. . . . Don Antón vió su antesala poblarse de esa humanidad doliente que teme a la ciencia activa o lamenta algunos de sus efectos. Allí entraban toda especie de "crónicos" imaginarios, neurasténicos de vagas dolencias; y el señor que tiene miedo de hacerse extirpar una giba, y la señora que se la hizo extirpar sin que "el éxito" pudiese evitarle un contrachoque operatorio, fértil en achaques. Para todos tenía Don Antón la palabra sutil, el gesto persuasivo destinados a sugerir sin marcada intención el desprecio o el ho-

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. D. I.

rror hacia el colega activo.—*El sic vos non vobis* de Virgilio no se aplica tan bien a los bueyes que tiran para otro del arado como a los médicos y cirujanos que trabajaban para Don Antón. Para él saturaban de mercurio al sifilítico y de creosota al tuberculoso; para él puncionaban, incindian, pinzaban, ligaban, practicaban suturas laboriosas y curaciones pacientes. . . . Para él, que nada hacía, que aprovechaba la medicación del otro, atribuía sus efectos bienhechores más o menos tardíos a formulita por él pescada a río revuelto de polifarmacia; para él, que sobaba al operado, lo *revivía* con cualquier ingesto, “hacia que hacía,” sacaba su maquinita farádica, plantaba los electrodos en el vientre. . . . Rrrring!— Ya estáis curado o en vía de estarlo. . . .—¿Que no? Entonces recurría a un “aparato” que llevaba legítimamente tal nombre y el de su modesto inventor, Don Antón. . . . Erase un tubo “aparatoso,” enrollado prolijamente en espirales y arabescos, unido por un cabo a un alto irrigador; por otro a un cubo subyacente. A un toque de resorte ¡glú-glú! el chorro frío o caliente, según los casos, titilaba el occipucio, la nuca, el hueco estomacal, las fosas iliacas o hasta las plantas pedestres. . . . Esperar unas horas. ¿Curado el en-

fermo? Salvación! ¿Que no? ¿Que se muere? El operador lo ha matado.

Nadie como Don Antón en esto de acusar a un colega de asesinato con premeditación, alevosía y ventaja. El eminente clínico se trocaba en *detective*, husmeaba el crimen del bisturí. Desamortajar y aun desenterrar el cadáver, llamar como testigos del “atentado” a enfermeras, comadronas y demás personal gozoso de chisme, requerir la autopsia para mayor escándalo, hacerla ejecutar por algún pariente o compadre. . . . era su tramoya favorita. . . . Paraba en farsa sentimental, con Don Antón gemebundo de piedad humanitaria por el muerto; en realidad pesaroso de no poder encarcelar al colega.

De esa fuerza era el hombre, bajo cuyos auspicios iba a jugarse la suerte de Elvira.

CRONICA ALFONSO
BIBLIOTECA DE LA
N. A. N. U. I.



XVII.

“DE DORMIDA.”

—Tengo que observarla, dijo Don Antón a Carriles.

Y añadió con el aire misterioso y la voz apagada de que usaba en las graves situaciones:

—Déjemela Ud. aquí; y según lo que yo reconozca en ella, resolveré. Me entenderé directamente con el Inspector general.

Carriles se apresuró a obsequiar esta decisión que le permitía cerrar la jornada con una utilidad líquida, si es que tal puede decirse de unos sólidos siete pesos y centavos.

El médico y la histérica quedaron solos. Quedaron frente a frente, en el recogimiento crepuscular del encortinado consultorio, con actitudes que remedaban las del pastor y la pastora en el

LIBRARY
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
N.º 1.111

Angelus de Millet. Sólo que Don Antón abatió los párpados por pura mímica profesional, mientras que los ojos bajos de Elvira expresaban una verdadera turbación. ¿Cómo no turbarse ante aquella beata complacencia del médico, ante aquellas sus maneras untuosas que la trasladaban de un golpe al confesonario?

Inicióse en ella un movimiento de expansión tranquila. . . . “No estoy loca, señor; lo que tengo” E invitada a sentarse muy cerca, entró en confidencias con su tema del muerto de la comisaría. . . . —“Me han dicho que *me* lo mató Velázquez.” —“¿Y porqué *se lo* mató? ¿Qué era de Ud. el occiso?” —“Que qué era mío? Nada según el mundo; todo según Dios” Aquí se dejó ir a un desvario poético sobre la excelencia del amor espiritual, rematando con trozo inesperado de su autor favorito:

“Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las sílfides y ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas”

Absorto ante tanta incoherencia, la contempló Don Antón. No necesitaba ojos de lince para descubrir en ella la erotomanía lírica. Si la simpatía nace de semejanzas y oposiciones, fuerte

debió ser la que sintiera por la joven. Ambos eran maniáticos. Pero la manía de Don Antón, ejercida en vasto campo de manifestaciones conscientes, contrastaba con la manía de Elvira produciéndose en vaga subconciencia. Zoológicamente considerados, él era el zorro cazador, ella la gatita atacada de celo caprichoso.

Con miradas zorrunas la atisbaba, en efecto; obserbaba su limpieza natural de gata, la gracia felina de su carita picaresca y devota. Luego pasaba a sus formas, sus redondeces de fresca consistencia, y la observación acababa en el pie, el piesecito enroscado que salía de la falda y tardaba en ocultarse, con torpeza infantil.

—¿Qué tiene Ud. en ese pie?

—Ay! me lo tomó el Sr. Velázquez. yo ¡qué capaz! caí en ataque, y se me quedó así. . . .

Conmovido Don Antón juzgó conveniente aplazar la observación para en la noche. Se acordó de la clientela expectante y su tributo graduado según tarifa fijada a la puerta del consultorio. (Reconocimiento, 2\$.—Consulta simple, 3\$.—Consulta con medicina, 4\$.—Curación 5\$.—Masage, electricidad, rayos X, precios *extras*.)

Fácil le fué sugerir a la histérica que se que-

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U. I.

dara hasta el día siguiente, en la casa, casi desierta por entonces. La familia del médico, estando alejada temporalmente en Puebla, sólo la habitaban él mismo y una criada fac-totum que respondía al nombre de Eduviges. . . . Le daría una pieza aislada, con ventana a la calle del Chirimoyo, y al día siguiente todo se arreglaría.

La tuteó.—“Te voy a librar de las garras de Velázquez!” Una palmada y ligeros pases en el muslo del lado enfermo (Nada extraordinario! Masage profesional. . . .) Luego, muy naturalmente, como distraído, una frasecita soltada a media voz: “A la noche!”

Hizo sonar un timbre y se presentó la cuarentona Eduviges, cuyo olor a pulque no le impedía trascender a Celestina.

—Acompañe Ud. a ésta al cuarto de aislamiento, ordenó Don Antón.

La sirvienta se le acercó discreta.

—¿Va de dormida? interrogó suavemente.

Don Antón externó apenas un signo afirmativo.

—Véngase, mi alma; la voy a acompañar, insinuó Eduviges. Y se la llevó posándole en la espalda su mano protectora.



XVIII.

UN CASO DE DESDOBLAMIENTO.

El cuarto, a que fué conducida Elvira, comunicaba por un pasillo sombrío con la recámara de Don Antón. Formando un recodo, el pasillo se prolongaba hasta el dormitorio de criados de que Eduviges era entonces única ocupante. Como aquel cuarto tenía ventana a la calle, el aislamiento resultaba nominal, uno de tantos vocablos con que el misticador Don Antón disfrazaba groseras realidades.

La calle que la joven veía a través de vidrios y visillos, era la avenida a que una revuelta y variable nomenclatura diera, entre otros, el dictado de “calle del Chirimoyo,” entre las cabeceiras de los ferrocarriles Nacional y Central.

—Aquí tiene la *electricidad*, mi alma; y aquí el

CAPITULO ALFONSO
U. A. N. P. I.

timbre, dijo Eduviges a Elvira mostrándole un *socket* y un botón, encajados juntos al borde de un quicio y a distancia del lecho—amplia cama con par de almohadas.

—Mire, pichoncita, cuando se haga oscuro, vuelve usted la *electricidad* así. . . . (Lección demostrativa de enciende y apaga, nada superflua en un tiempo en que la instalación eléctrica a domicilio no se generalizaba todavía en la capital mexicana). Aquí el timbre, continuó, señalando el botón; eso no es *pa mí*; va a sonar por allá, cerca de la recámara del señor.

Y Eduviges cerró estas instrucciones con sonrisa equívoca, preñada de malicia. Elvira no pudo o no quiso comprender. Por intervalos pasaba la histérica de la veleidad sentimental a ese estado neutro que en Neurología se conoce por *abulia*. Flojos los resortes del alma, la voluntad fluctúa, mientras no sobrevenga otro período alternativo de tensión.

Pasiva, inhábil para defenderse y protestar, quedó inmóvil ante la ventana. Su vista discurreió alelada por las arboledas que verdeaban a lo lejos, en el barrio de San Cosme; se espació en el horizonte encendido por las reverberaciones del ocaso. La tarde acababa llena de ruidos, pitazos de fábricas, locomotoras y trenes urba-

nos. . . . La ciudad estaba en vísperas de iniciar la tracción eléctrica, y entretanto las mulitas tiraban a todo correr de los tranvías, hostigadas por los cocheros de sombrero ancho que soplaban en sus bocinas de cuerno al voltear la curva. Entre la orquesta de pitorreos, vino a turbar a la joven el grito agudo de un voceador de periódicos, repitiendo un nombre que la hizo estremecer.

Aplicó el oído y distinguió: “¡*La Vindicta Pública*. La desaparición del cura de Tlalnepantla!”

Llamar al chicuelo voceador, pagarle tres centavos sacados de un nudo del pañuelo, apoderarse de la hoja impresa y recorrerla con avidez, fueron actos casi automáticos en un abrir y cerrar de ventana. . . . Detúvose en un artículo así encabezado:

Sacerdote que desaparece.

Temor de un accidente.

Y seguía:

“El miércoles último, el Sr. Presbítero Don Manuel Tortolero, cura párroco de Tlalnepantla, salió de aquella población rumbo a esta capital, como solía hacerlo con frecuencia.

Llegada la noche no regresó. Esto no alarmó a la familia porque sucedía algunas veces que se quedaba en la

CAPITAL DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. P. I.

capital; pero iba en la mañana a decir su misa y a esa hora se le esperó en vano, pues no ha vuelto por allá.

Justamente alarmada la familia, ocurrió a dar parte a la Mitra, y aunque en su busca se ha puesto en movimiento la policía, la familia del presbítero y algunos amigos, nada han podido averiguar de su paradero. Con sobrado fundamento se teme que le haya pasado un accidente”.....

Esta lectura fué como un rayo de luz en su adormida conciencia. ¿Conque no era un sueño el recuerdo que la obsesionaba? Su visión fija, aquella cara agonizante de la Sección, empezaba a materializarse en letras de imprenta. Quiso gritar, sintió deseos de salir a la calle tras del muchacho, voceando alguna muletilla en relación con sus aficiones poéticas:

“Velázquez me lo mató
A la puerta de su casa!”

—Aquí está su cena con pulquito.

Era Eduviges, trayéndole una colación con su correspondiente botella del blanco licor..... ¡Oh cándida Eduviges, fámula meritísima de Don Antón Penequez! ¿Cómo pudiste creer que hiciera honor a tus platos ni a tu pulque, ella, Elvira Resendis, perteneciente a esa vasta clase de neuróticas tan inclinadas a repeler el vulgar alimento? Viven de ilusiones y tenues bocados;

a lo más golosinas, rebanaditas de salchichón, manzanas atacadas sin pelar a mordiscos roedores.... es lo que interrumpe sus ingestiones poéticas. Comen aire! A causa de ellas, los Señores neurólogos han sacado del griego la palabra *aerofagia*. Movimientos de deglución sin saliva llenan el estómago de aire; bajo cierta presión va al intestino delgado, abre válvulas, recorre el grueso.... Es Eolo crepitante, dios de los vientos, quien las posee. Baco y Cupido se retiran enfadados.... Y sin embargo, son pulcras. ¡Qué pulcritud la de Elvira desdeñando la cena! Comenzar por aquella sopa de quelites, atacar luego los frijoles con chile y terminar con el dulce de calabaza.... Imposible! Su boca que un día se la oyera llamar por un rapsoda becqueriano “purpúrea granada abierta,” se abrió sólo para tragar aire; los suspiros se sucedieron, vino un hondo bostezo, precursor de crisis somnambúlicas. Desplomada en una silla, cerca de los platos intactos, pálida, los brazos colgantes, los párpados agitados por tremulación fibrilaria, se dió a soñar medio despierta. Sueño dramático, influenciado por la soledad nocturna, el chillido estridente de las locomotoras rasgando por momentos el silencio.

Su idea fija resurgió del periódico inquisiti-

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
N. A. N. U.

vo, armada de venganza contra el presunto matador. Se acordó del drama "El Trovador," a cuya representación asistiera dos veces en el teatro Hidalgo y cuyo libreto adquirió por veinte centavos en un puesto del Seminario. Murmuró los versos que en torreón de telones y bambalinas oyó recitar al actor Cantoya:

"Soñaba yo que en silenciosa noche,
Cerca de la laguna que el pie besa
Del alto castellar contigo estaba;
Todo en calma yacía; algún gemido
Sólo llegaba, lúgubre, a mi oído"

Pitó el tranvía al doblar la esquina, y aunque el pitazo no parecía gemido, en los oídos de la histérica sonó como tal. El próximo reverbero eléctrico se encendió, y Elvira, en plena ilusión continuó con el "Trovador:"

"Mas súbito, azaroso, de las aguas
Entre el turbio vapor, cruzó luciente
Relámpago de luz que hirió un instante
Con brillo melancólico tu frente"

Allá, en la estación, se levantó un humazo de locomotora

"Yo ví un espectro que en la opuesta orilla
Como ilusión fantástica vagaba
Y envuelta en humo la feroz fantasma

Huyó, los brazos hacia mí tendiendo,
"Véngame!" dijo y se lanzó a las nubes,
"Véngame!" por los aires repitiendo

Bajo la autosugestión se quedó absorta ante el humo que se desvanecía. Vió la cara del apoplético y oyó sus solicitudes de venganza. Poco a poco los ojos de la alucinada se fueron cerrando.

.....
—¡Válgame, mi alma, pichoncita! *Dizque* dormida en la silla, y no ha comido! Andele, despiértese! Ni siquiera ha *prebado* el pulque, muy bueno, legítimo de San Bartolo Naucalpam! ¿No quiere? Vaya, mi alma; me lo llevo. Me caerá bien encima de mi medida, para dormir mejor. Acuérdesse que aquí estoy, al ladito, por si quiere algo. (Más bajo y al oído:) Despabilése! De seguro que vendrá a verla Don Antón.

Así fué. Retirada a su cuarto, Eduviges libaba cuando entró Don Antón al de Elvira. Venía elegante, recién rasurado y con su levita de ceremonia. Venía a explorar el campo; y lo encontró poco práctico. Reconoció que Elvira, como otras muchas de su familia neurótica, presentaba dos fases. Era frígida y cálida según los vientos. Aquella noche, la frigidez se hacía sentir. La histérica no vibraba. En vano Don

CAPITULO IV
ELVIRA Y DON ANTON
U. A. N. D. I.

Antón pulsó el harpa de nervios que ella era. No resonaron. La joven se mantuvo inerte, soplándose la cara con "la Vindicta," periódico manejado a guisa de abanico.

A decir verdad, Don Antón sólo sentía una curiosidad más o menos científica por la histérica. La curiosidad le indujo a retenerla en su casa, la curiosidad le llevaba cerca de ella al anochecer. Conflicto entre dos querer: quería complacer a Velázquez y al mismo tiempo penetrar en el alma de Elvira por la puerta de su confianza. . . . No era el momento de inspirársela, cuando ella se encontraba bajo el influjo de su idea vengadora. Fué la lucha del zorro agresor y la gata defensiva. Viéndola engrifar las manitas prontas al araño, se le ocurrió poner en juego esa aberración mental de ciertas histéricas que los neurólogos denominan "desdoblamiento de la personalidad."

Sabía Don Antón que se ha podido provocar en ellas tales "ausencias" que pierden la noción exacta del "yo." Se obtiene, por ejemplo, que Sutanita se olvide de sí misma hasta el punto de creerse otra, que Menganita desconozca la continuidad de su *hoy* y de su *ayer*. Sutana y Mengana pierden el hilo mental que unifica la vida. ¡Se desdoblan!

Don Antón objetivó la sugestión con tierno y paternal tuteo.

—Mira, hija; tú no eres siempre tú. Tus débiles sentidos te engañan cuando te informan de que tu ser persiste al través del tiempo y del espacio. ¿No sientes que el vértigo es la ley de todo lo creado? Somos polvo, *pulvis summus!* Arrastrados por el torbellino, cambiamos sin sentirlo para dar forma a nuevos seres. Estos ojos, ahora impresionados por el foquito eléctrico no serán los que en breve se cerrarán para dormir en lo oscuro; estas manos; esta boca. . . .

Don Antón terminó entre dientes su sermoneo acompañando las últimas palabras de pases hipnóticos sobre los párpados, las manos, los labios.

Cautivada Elvira por esta oratoria, que tomaba el estilo de la más alta mística, dejó abatirse sus párpados trémulos con una pasividad que pudo ilusionar a Don Antón.

—Ven, le dijo, creyéndola en estado de receptividad hipnótica; ¿ves este botón debajo de la llave de luz? Lo tocarás a media noche para llamarme; yo vendré hacia tí; pero nada temas. . . . Tú no serás tú; serás otra.

Y Don Antón se alejó creyendo dejar bien planteada su experiencia de sugestión despierta.

COPIA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. B.

Elvira apagó la luz y se acostó vestida. Su espíritu felino trabajó luminosamente en lo oscuro.

—“Conque tengo que llamarle; pero *yo no soy yo. . .*” Sintió risa y miedo. Risa del disloque; miedo de la proximidad de Don Antón, de su visita inminente. Por momentos, llegaban hasta ella resoplidos de otro género que los de las calderas de las Estaciones. Eran ronquidos de Eduviges. Y como la duda sobre su identidad la asaltara en esta forma: “si yo no soy yo ¿quién seré?” se respondió a sí misma riendo: “¿si seré Eduviges?” Partiendo de tal idea, concibió el plan más endiablado que puede caber en cabeza de histérica: hacerse sustituir por la cocinera. Pasito a pasito, a la luz de una veladora suspendida en el recodo del pasillo, se fué al cuarto de su vecina y la despertó, no sin pena, porque dormía con el denso sueño del jugo agáxico.—“Véngase a mi cuarto, que no puedo dormir sola.”—“¿Sola!” replicó la sirvienta desperezándose con un bostezo y un restregón de ojos. . . .—“¿Qué! ¿no ha llegado el amo?” Pícara pregunta que mereció esta contestación de Elvira sonrojada: “Ya vino y se fué.”—“Allá voy, mi alma!” repuso al fin Eduviges acudiendo al reclamo de la joven: “tengo miedo.” Aturdida y somnolente,

la matrona no olvidó, sin embargo, reconfortarse con un postrer trago a boca de botella. Poco después roncaba de nuevo en la cama de Elvira.

La histérica se acostó a su lado; pero sus ojos no se cerraron. Siguió elaborando la misma idea: “¿conque yo no soy yo? . . . entonces ¿quién soy?” De repente se deslizó de la cama. A tientas, en la oscuridad, iba a buscar el botón del timbre bajo la llave de luz.

¿Qué hacía entre tanto Don Antón? . . . No lo rendía el sueño del justo; también lo atormentaba su especial neurosis. Iba de la postración a la agitación, merced a estímulos artificiales. En noches de mayor enervamiento como aquella, asociaba los estimulantes. Por lo cual, habiendo agotado una media de Saint-Emilion, se dió a aspirar éter; lo bebió también más o menos diluído. Sobre el fondo de su crónica intoxicación se levantó la intoxicación aguda con su cortejo de turbulencias, extravagancias, alucinaciones eróticas. Lúbricas imágenes se sucedieron en su campo visionario, evocadas por el recuerdo. Allí iba, mal velada por blancos sendales, la mujer del Oteló cuyo revólver-jeringa le hizo buscar refugio bajo una mesa. Seguían otras; las que acariciara a hurtadillas su mano palpadora; las que ansiara en el confesionario

CAPITULO SECONDO
ELVIRA Y DON ANTON
I. A. V. I. I.

médico con jesuita deseo. Pasaban mostrando las ligas, subida la falda. . . . Elvira Resendis cerró el lascivo desfile.

Don Antón levantó el codo tembloroso, aspiró y bebió la poción eterizada.

Elvira persistió en su visión; pero en doble compañía masculina. A un lado el clérigo muerto, al otro Velázquez vivo. Soltábala aquél y éste se la llevaba enroscada al cuerpo como humana serpentina.

—Rrrring! sonó el timbre. En los oídos del eterizado, eso significaba el llamado de la hembra. Se levantó, y vacilando con el triple temblor de la embriaguez, el miedo y el deseo, avanzó por el pasillo hacia el cuarto de Elvira. A la luz mortecina de la veladora, pudo llegar a la puerta trazando equis; pero en el interior oscuro avanzó a tientas, chocó con el pié de la cama, palpó en ella la que le pareció ser el cuerpo de la joven ¡ya la tenía!

En realidad, Elvira permanecía sentada en el rincón, cerca del timbre que hizo sonar poco antes. Llena de contradicciones, el alma histérica mezcla en sí misma el candor y la malicia. ¿Fue candor? ¿fue malicia? ¿qué móvil la impulsó a hacer jugar la llave de la luz? Apareció Don Antón abrazado a la rolliza Eduviges, tardía en

despertar. Cuando hubo de soltar presa, la evidencia del *quid pro quo* fué tan contundente que lo desembriagó. Confundido, lanzó a Elvira terrible mirada. La joven expresó su obediencia a la sugestión:

—Creí que yo no era yo. . . . era Eduviges.

—Pícara muchacha! Mañana te mando a la Canoa, tronó Don Antón retirándose.